



La Santa Sede

REZO DE VÍSPERAS EN LA IGLESIA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Miércoles 31 de diciembre de 1997

1. «*Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum...*». «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Ga 4, 4-5).

La expresión latina *plenitudo temporis* indica que el misterio de la Encarnación marca la plenitud del tiempo. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, entró en la dimensión temporal, y con su presencia la introdujo en la eternidad. Jesucristo, el Verbo, el Hijo de la misma naturaleza del Padre, Dios de Dios, pertenece de por sí a la dimensión divina de la eternidad, pero, al hacerse hombre, acogió en sí mismo la del tiempo. Así, el nacimiento del Redentor en Belén dio inicio a un nuevo modo de contar los años: en efecto, es costumbre decir «antes » y «después» de Cristo.

2. *Christus heri et hodie, principium et finis, alpha et omega. Ipsius sunt tempora et saecula. Ipsi gloria et imperium per universa aeternitatis saecula.* La liturgia nos invita a proclamar estas palabras durante la Vigilia pascual, mientras se marcan las cifras del año en el Cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado. El tiempo pertenece a Cristo. El Hijo de Dios, al hacerse hombre, aceptó como medida de su existencia terrena el tiempo, que sometió a sí. Por él, la historia del hombre y la salvación se encuentran y se funden.

Hoy, último día del año, queremos considerar los días, las semanas, los meses transcurridos, como un fragmento de la historia de la salvación, que a todos nos ata. En el clima espiritual que caracteriza este tiempo navideño, la diócesis de Roma, en comunión con la cristiandad entera, extendida por todo el mundo, reflexiona esta tarde en el año 1997, otro año solar que dentro de poco será ya pasado.

3. Amadísimos hermanos y hermanas, el año que se concluye hoy, por lo que respecta a nuestra comunidad diocesana, está vinculado, de manera destacada, a la *Misión ciudadana* en la que, después de un período de preparación, han ido participando cada vez más las parroquias y todas las realidades eclesiales. Se trata de un esfuerzo de evangelización comunitario y permanente, que, con la gracia de Dios, está resultando un camino particularmente eficaz para anunciar el Evangelio a los habitantes de nuestra ciudad.

Durante la pasada Cuaresma, cerca de doce mil misioneros, en su mayor parte laicos, visitaron las familias de la ciudad para darles como regalo el evangelio de san Marcos. El gesto de entrar con el evangelio en las casas y la buena acogida que, por lo general, se dispensó a los misioneros son de por sí muy significativos: los romanos, incluidos los que no frecuentan o frecuentan poco la iglesia, esperan encontrarse con el Señor. Lo confirma, asimismo, el notable interés y la gran participación que han despertado los encuentros sobre el tema de la fe y de la búsqueda de Dios, que han tenido lugar en la basílica catedral de san Juan de Letrán. En ellos se entabló un diálogo sincero entre los que anuncian a Cristo y los que buscan respuestas satisfactorias a los interrogantes fundamentales de la vida.

La *Misión* nos invita a mirar al futuro, a preparar el terreno para la evangelización de nuestra ciudad con vistas al tercer milenio. Para ello, en la última parte del año hemos dedicado especial atención a los jóvenes, a los que yo mismo me dirigí el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de María, con una carta, en la que los exhortaba a ser protagonistas en el anuncio y en el testimonio de Cristo a sus coetáneos. Espero que el celo por el Evangelio sea cada vez mayor en muchos jóvenes romanos.

4. Mientras, durante esta celebración, pedimos en la oración por toda la comunidad de la ciudad, quisiera dirigir un cordial saludo al querido cardenal Ruini, con sus obispos auxiliares y al padre Kolvenbach, prepósito general de la Compañía de Jesús, a cuyos religiosos está encomendada la iglesia que nos acoge. Mi saludo va también a todos los habitantes de la ciudad. En primer lugar, al alcalde, que también este año ha querido estar presente en este rito para ofrecer, en nombre de la Administración, el tradicional cáliz votivo. Saludo, asimismo, a los miembros de la Junta y del Consejo comunal, con quienes tendré la alegría de reunirme el próximo día 15 de enero, durante la visita al Capitolio. Saludo a los agentes sociales que están al servicio de la población y a los voluntarios comprometidos en múltiples actividades. Un recuerdo particular va a cuantos atraviesan dificultades y pasan estos días de fiesta entre incomodidades y sufrimientos. A todos y a cada uno dirijo mi afectuoso saludo, apoyado con mi constante oración.

Al concluir el año 1997, surge espontáneamente una confiada petición al Señor, para que dé su Espíritu de sabiduría y fortaleza a los heraldos del Evangelio y abra el corazón, la conciencia y la vida de cada uno a acoger, sin temores, a Cristo que viene.

Repasando el año que concluye, quisiera dar gracias a Dios, que me ha concedido visitar otras

comunidades parroquiales, hasta llegar al número de 265 parroquias desde el comienzo de mi ministerio episcopal en Roma. A pesar de la variedad de condiciones sociales, he encontrado por doquier comunidades vivas, que anhelan crecer en la fe y en el testimonio activo de la caridad cristiana.

Esta red de parroquias, que cubre todo el territorio de la diócesis y se va completando también en sus estructuras con vistas al gran jubileo, representa para la misma ciudad de Roma un recurso de inestimable valor, pues favorece la consolidación de relaciones sociales marcadas por el conocimiento recíproco, la amistad y la solidaridad. Contribuye en gran medida a la educación de los muchachos y de los jóvenes, así como a la vida moral de las familias, a la acogida de los marginados y al cuidado de las personas solas y de las que sufren.

5. Para funcionar bien, cada comunidad parroquial, como cualquier forma específica de pastoral diocesana, necesita el servicio generoso y fiel de los sacerdotes. Por tanto, doy gracias al Señor que me ha permitido ordenar, el pasado domingo 20 de abril, a treinta nuevos sacerdotes para nuestra diócesis.

El Seminario romano, al igual que los demás seminarios en los que se prepara el clero de nuestra diócesis, por gracia del Señor, ofrece un cualificado itinerario de formación, en el que la seriedad de los estudios va unida a una intensa vida de oración y al compromiso de una auténtica comunión fraterna. Mientras aliento a los responsables de la formación a proseguir su meritoria labor, mi pensamiento se dirige ante todo al cardenal Ugo Poletti, a quien el Señor llamó a sí el 25 de febrero de este año. Lo recordamos hoy, renovando nuestra gratitud a Dios por el bien que ha realizado a través de él en esta Iglesia y en esta ciudad. Y, junto con el cardenal Poletti, encomendamos al Señor a los demás sacerdotes que han fallecido durante el año, entre ellos al queridísimo monseñor Luigi Di Liegro. El testimonio y la obra de sacerdotes que han dedicado la vida a Dios y a sus hermanos representan una herencia y un ejemplo valioso para el clero y para toda la comunidad diocesana.

Otro motivo de profunda gratitud al Señor es el sensible aumento de las vocaciones sacerdotales, que permite augurar un futuro prometedor para nuestra comunidad. Expreso aquí mi deseo de que también crezca el número de las vocaciones a la vida consagrada, y especialmente a la vida religiosa femenina, lo cual produciría frutos apostólicos para todos. Y estoy seguro de que ese aumento se logrará si los sacerdotes y las comunidades parroquiales apoyan generosamente la labor que en este sentido realizan los institutos de vida consagrada.

5. Amadísimos hermanos y hermanas, hemos considerado algunos aspectos de lo que Dios ha realizado este año en nuestra diócesis. Dirigiendo la mirada a los meses transcurridos, brota naturalmente el deseo de pedir perdón y de dar gracias a Dios: pedir perdón por las culpas cometidas y las faltas y carencias registradas, confiando todo a la misericordia divina; y dar gracias por lo que Dios nos ha dado cada día.

Por esto cantamos el Te Deum: te alabamos, oh Dios, y te damos gracias por el bien que nos has concedido y que ha marcado los diversos momentos del año que está a punto de terminar:

Salvum fac populum tuum, Domine,

et benedic hereditati tuae...

Per singulos dies benedicimus te;

et laudamus nomen tuum in saeculum,

et in saeculum saeculi.

Amen.